



SHEILA DOW ES ACTUALMENTE profesora y directora del Departamento de Economía de la Universidad de Stirling, Escocia, y directora del *International Network for Economic Method*. Su campo de trabajo originario y actual es la Economía. Antes de interesarse por sus aspectos metodológicos ha demostrado sus condiciones como economista en los círculos académicos. Ha escrito y editado más de diez libros, cuarenta artículos y cincuenta capítulos en libros sobre temas de macroeconomía y metodología. Tiene una orientación post-keynesiana, afin con ideas de la *evolutionary economics* y del realismo crítico de Tony Lawson.

El libro constituye una introducción, clara y profunda a la vez, a las cuestiones metodológicas de la Economía. Está completamente al día en este tema. Además, es muy equilibrado en cuanto a la presentación y valoración de las diversas posturas actuales. No es nada fácil señalar los méritos y los límites de esas posturas del modo tan ecuánime en que lo hace la profesora Dow.

Antes de exponer brevemente el contenido de esta obra, quisiera señalar dos virtudes que me parecen especialmente destacables, ya que escasean habitualmente en estas áreas. La primera es la repetición de la idea de que la metodología depende de la posición ontológica implícita (cfr., por ejemplo, pp. 136, 151, 154, 159, 164). La segunda es su constante preocupación por ocuparse de problemas reales relevantes (cfr. pp. 15, 130-1).

Economic Methodology comienza con un desarrollo acerca de la difícil cuestión de la naturaleza y el alcance de la Ciencia Económica. Los chistes sobre los economistas son un clásico (del que se puede encontrar una buena selección en Internet: <http://netec.wustl.edu/JokEc.html>) y nos hacen reír. Pero también nos deberían hacer pensar acerca de los motivos de esa risa irónica. ¿Hacia dónde va la Ciencia Económica? ¿Por qué sigue cambiando? Un primer motivo son las deficiencias de las teorías



actuales. Aquí Dow ya plantea que puede haber diversas nociones de racionalidad. Muchas teorías no coinciden con la realidad en supuestos, en predicciones o en ambos. Otro motivo son los cambios en las herramientas –por ejemplo, la tecnología informática– que permiten encarar nuevas investigaciones. Otro más es la necesidad de responder a las preguntas que surgen del ambiente político cambiante. La economía real, que es parte de las instituciones, también cambia. Por otra parte, la Teoría Económica influye sobre estas mismas instituciones. Por eso, el éxito del diseño institucional depende en parte de la buena racionalidad de la Teoría Económica. “El cambio en el objeto de la Economía aparece, dice Dow, porque la ciencia económica trata acerca de seres humanos que funcionan dentro de un sistema social” (p. 10).

En este contexto, ¿qué significa progreso en la Economía? ¿Es neutro el cambio técnico? La matematización creciente de hecho ha cambiado el contenido de la teoría. ¿Es esto correcto? ¿Para qué fines? En Economía, los modos y el éxito en la comunicación son cruciales. ¿La matemática ayuda?

¿Cómo teorizamos acerca de la naturaleza humana? Un caso de estudio es el de la familia. Dow analiza los alcances y límites del enfoque de Gary Becker, la teoría de los juegos y las feministas. La conclusión es que no es fácil teorizar acerca de la realidad compleja envuelta en el ámbito humano. Otros casos son las diversas teorías acerca de la empresa, la cuestión de la distinción micro–macro, las expectativas y la incertidumbre (riesgo no cuantificable) y la distribución de la polución global que, ilustrada con el famoso *affaire* de Larry Summers¹, revela que hay valores implícitos (al menos, supuestos sobre la naturaleza humana) en las teorías.

¿Puede el trabajo empírico ayudar a decidir acerca de las teorías? La econometría trata de analizar si se corresponden teorías y datos. Esto supone que se pueden expresar las teorías de modo que tengan un correlato empírico, que permita la comparación entre ellas. Esto no es tan fácil, puesto que lo que es mensurable en teoría muchas veces no lo es en la práctica. Además, hay conceptos que nunca serán mensurables, como las comparaciones intersubjetivas de utilidad y la incertidumbre (diferente del simple

riesgo). Puesto que la teoría consiste en simplificaciones sólo se pueden comprobar sus resultados. Por otra parte, es bien sabido que correlación no es causalidad. El afán de alcanzar teorías más explicativas conduce a tratar de 'endogeneizar' las variables. Pero, ¿cómo se puede captar la causalidad entre variables endógenas? También surge el problema de que la misma evidencia empírica puede apoyar teorías distintas. Aunque la propuesta de Christopher Sims de dejar que los datos hablen por sí mismos es interesante, visto lo anterior, su alcance es limitado. David Hendry deja más lugar a la teoría. Dow ejemplifica todo lo anterior con la dificultad para predecir las crisis financieras. En conclusión, los datos empíricos son importantes, pero son sólo una parte.

Dicho todo lo anterior, el capítulo quinto aborda una cuestión central: el ámbito y el fin de la Economía. De aquí, precisamente, derivan sus problemas. Dow es clara en este sentido: "la Economía se ocupa de un asunto complejo. Como toda Ciencia Social, se ocupa de individuos creativos (que además de razón tienen emociones) y de sistemas sociales (que son complejos y cambiantes)" (p. 55). Se debe ocupar, insiste, de problemas reales. Dow analiza las definiciones de Economía de Alfred Marshall, Lionel Robbins y Kenneth Boulding. John Stuart Mill creó el hombre económico por razones metodológicas. Queda claro que la definición de comportamiento económico condiciona la metodología de la Economía. Al referirse a sus fines -explicación o predicción- vuelve a resaltar la importancia de descubrir los mecanismos causales. Luego siembra la duda acerca de la validez de la distinción positivo-normativo en Economía y, consiguientemente, acerca de la neutralidad valorativa. Finalmente considera que la Economía es diferente de las Ciencias Físicas, a las que ha tratado de emular corrientemente. Por otra parte la *theory-ladenness* echa por tierra con la pretendida objetividad.

¿Cómo identificar las buenas teorías y el progreso en la Economía?, ésta es la cuestión que se plantea en el siguiente capítulo. Generalmente se han usado criterios de consistencia lógica, verificación y éxito predictivo. La inducción sin teoría no dice nada. Los deductivistas parten de supuestos dados: pero, a éstos, ¿quién los garantiza? La combinación de ambas corrientes en el método hipotético-deductivo parecería lo más sensato, pero arrastra las li-



imitaciones de ambos. A continuación, la autora considera los problemas de la aplicación de la metodología de Karl Popper e Imre Lakatos y vuelve sobre la econometría. La parte final del capítulo está dedicada a la valoración de las diferentes concepciones acerca del significado de los modelos económicos, tema en auge en la metodología de la Economía. La conclusión, hecha de la mano de Wade Hands, es equilibradamente escéptica. La Metodología con “M” mayúscula, prescriptiva, tiene sus problemas. Pero la metodología con “m” minúscula, puramente descriptiva, tampoco aporta mucho más. Ése es el tema del capítulo siguiente: comienza con Thomas Kuhn y, ya entrando en Economía, describe el programa retórico y posmoderno. En estos enfoques la tolerancia se hace intolerante, aparece “la tiranía de lo políticamente correcto” (p. 125) y finalmente no se llega a nada. Sin duda aportan, pues abren la mente. Pero, como muy bien concluye Dow, “si, como economistas, estamos motivados a desarrollar teorías que traten de problemas reales, debemos tratar de ir un poco más allá” (p. 131).

¿Qué hacer entonces? Para empezar, debemos partir de las limitaciones del objeto de estudio. Así lo hicieron Adam Smith y John Maynard Keynes. La autora encara entonces los temas más interesantes del libro. Presenta las corrientes realistas -Uskali Mäki y Lawson-. Desde una visión realista la cuestión económica es fluida, reflexiva, y clama por una ontología de sistemas abiertos y por una metodología que abstrae por simplificación, no por idealización. La noción de racionalidad cobra una importancia clave. Daría la impresión de que la racionalidad situacional de Popper, o una racionalidad práctica, serían mucho más adecuadas que la racionalidad económica tradicional. Reaparecen la relevancia de las convenciones, la falibilidad de nuestro conocimiento, la complejidad del objeto de estudio, el valor de la ‘lógica ordinaria’ de Keynes y de la vaguedad (“es mejor estar vagamente en lo cierto que precisamente equivocados”). El rigor no siempre equivale a precisión matemática formal. Hay campos, como la Economía, que deberían basarse más bien en la identificación de tendencias, en la lógica del discurso ordinario y en la aceptación de un pluralismo metodológico moderado. La tentativa de síntesis es la mejor opción frente a visiones diversas. Hemos de fomentar las

relaciones con la Filosofía, la Historia y el resto de las Ciencias Sociales. Todo esto resulta clave para la política económica –donde la conciencia de la falsedad de la neutralidad valorativa es básica– y para la enseñanza de la Economía –donde esta visión abierta genera la formación de las capacidades de juicio–.

En fin, la metodología de la Economía, basada en una ontología de lo económico, tiene mucho que enseñar al economista académico, al práctico y al estudiante. Sería de gran provecho estudiar en profundidad el libro de Dow. Me ha alegrado particularmente verlo en el último catálogo de los *books for students* de *Economics* de Oxford University Press. Ojalá logre imponerse.

Ricardo F. Crespo

NOTAS

1. Summers, economista jefe del Banco Mundial, propuso en un documento interno, basándose en argumentos de eficiencia económica, exportar la polución a los países menos desarrollados. La difusión del informe por *The Economist* (8-II-92, p. 66) produjo un escándalo en la opinión pública. Pero, de hecho, esto es lo que se hace hoy día.

